

## Y ahora, ¿qué hacemos?<sup>1</sup>

So, what can we do now?

Octavio Cortés

De manera contundente Paul Krugman demanda acabar ya con esta crisis, respecto de la cual, considera necesario aceptar el hecho de que estamos viviendo una verdadera depresión. Esencialmente, nos recuerda, la misma clase de situación que Keynes describió en la década de 1930: “un estado crónico de actividad inferior a la normal durante un período de tiempo considerable, sin tendencia marcada ni hacia la recuperación ni hacia el hundimiento completo”. Observa, que hay quienes se conforman con evitar el hundimiento completo pero, esta situación reflejada sobre todo

en la falta de puestos de trabajo, causa graves penalidades a muchas personas.

Por tanto, considera esencial adoptar medidas que favorezcan una recuperación real y completa y, dice, que sabemos o al menos deberíamos saber cómo hacerlo por qué las penalidades que sufrimos son claramente similares a las de los años treinta. Estudios y análisis de entonces y posteriores hasta la fecha indican qué deberíamos de hacer para superar las dificultades actuales. Desgraciadamente, estima que nos enfrentamos a quienes defienden el saber convencional -políticos y funcionarios públicos de primer orden, y en general autores y comentaristas que optan por prejuicios ideológica y políticamente “correctos”. En lugar de comprender con Keynes que es durante el auge cuando proce-

<sup>1</sup> Paul Krugman (2012) *End This Depression Now!* Melrose Road Partners ¡ACABAD YA CON ESTA CRISIS! Ed. CRÍTICA, S. L., Barcelona.

de la austeridad, mientras que, ahora en plena depresión: el gobierno tiene que gastar más no menos, hasta que el sector privado esté preparado de nuevo para impulsar la economía.

La pertinencia y oportunidad del libro queda de relieve cuando el autor nos dice que el mismo intenta romper el predominio de ese saber convencional tan destructivo y, defiende la necesidad de adoptar políticas expansivas y de creación de empleo. El autor se deslinda de un texto técnico, reconoce indicios de que la economía seguirá estando débil mientras los gestores de nuestras políticas no cambien el rumbo, en cambio, aspirar a ejercer presión a través de una opinión pública informada para que ese rumbo cambie de una de vez y acabemos ya con esta crisis.

El libro a lo integran trece capítulos entre los que vale la pena destacar *el primero* “Cuan mal están las cosas; *el tercero* “El momento de Minsky; *el sexto* “Economía de la edad oscura; *el decimosegundo* “Lo que hará falta; y en definitiva el *Epílogo*: ¿Que sabemos en realidad de los efectos del gasto público?

En relación al capítulo primero, Krugman afirma que desde los años treinta del siglo pasado no ha habido tantos estadounidenses atrapados aparentemente en un estado de desempleo permanente. Y alguien que lleve atrapado en el desempleo, aunque haya logrado esquivar por ahora la angustia financiera, recibe un golpe devastador en su dignidad y respeto propio.

El desastre está en la dimensión humana, no en el dinero perdido. Pero vale la pena

tener una idea de lo que se ha perdido. En términos de crecimiento potencial, se podría considerar afortunado que la economía norteamericana concluyera con una pérdida de producción acumulada de cinco billones de dólares estadounidenses. No serían pérdidas sobre el papel como la de la burbuja.com o la inmobiliaria. Aquí se trataría de productos con Valor, que podrían y deberían haberse manufacturado pero no lo fueron; se trata de salarios y beneficios que podrían y deberían haberse realizado, pero no llegaron a materializarse.

Krugman denuncia la invitación que se nos hace a centrarnos en el largo plazo y no en el corto plazo. Considera que ello implica una abdicación intelectual por la negativa a aceptar la responsabilidad de comprender la

depresión actual. Nos dice además, que otro modo en el que la crisis deteriora nuestro futuro es a través de la baja inversión en las empresas debido a que no están vendiendo suficiente como para usar toda la capacidad que poseen. Por último denuncia, en este apartado, que los programas públicos orientados al futuro están siendo atacados con fiereza.

En el capítulo tercero Krugman nos recuerda que Minsky mucho antes de la crisis de 2008 advertía que la crisis iba a ocurrir no sólo que podría ocurrir. Reconoce que tardíamente llegó a la hora de Minsky cuya gran idea fue centrarse en el apalancamiento: la acumulación de deuda en relación con los activos o los ingresos.

El capítulo sexto resulta estremecedor cuando Krugman afirma: ha sido angustiante ver hasta qué punto los economistas han sido parte del problema no de la solución. Nos dice, fueron muchos los economistas punteros que defendieron la desregulación financiera a pesar de que hacía a la economía aún más vulnerable a la crisis. Krugman recuerda: hace unos tres años, cuando me di cuenta que la profesión estaba fallando en su guarda de la verdad, afirmé que venía una edad oscura de la macroeconomía. En 2009, el campo está ocupado de nuevo por unos bárbaros, fue una mezcla de política y de cierta sociología académica irracional. En el momento decisivo cuando lo que realmente necesitábamos era claridad, los economistas presentarán una cacofonía de puntos de vista que, más que reforzar

la necesidad de una actuación contribuyó a socavarla.

El capítulo doce inicia con un epígrafe aleccionador: “Las deficiencias principales de la sociedad económica en la que vivimos son su incapacidad de proporcionar pleno empleo y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza e ingresos”, como Keynes lo deja acentado en su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Así era en 1936, y así es en la actualidad. Ahora, como entonces, la falta de empleos representa una deficiencia de un sistema que es brutalmente desigual e injusto, incluso en los “buenos tiempos”.

La situación básica de la economía estadounidense, en la actualidad, es la misma que se ha vivido desde 2008: el sector privado no está dispuesto a gastar lo suficiente

para utilizar toda nuestra capacidad productiva y, por lo tanto, dar empleo a los millones de estadounidenses que ansían trabajar pero no encuentran puestos de trabajo. La forma más directa de cerrar esta brecha es que el gobierno gaste donde el sector privado no lo hace. Esta propuesta suele recibir tres objeciones:

1. La experiencia demuestra que el estímulo fiscal no funciona;
2. Déficit más elevados socavarían la confianza y
3. Los buenos proyectos en los que invertir no son suficientes.

Las pruebas reales a examinar, nos dice Krugman, son las obras de investigación económica de los efectos que tienen los cambios del gasto gubernamental sobre la producción y el empleo.

El epílogo de este libro, Krugman resume algunas de

las aportaciones principales a esta investigación. Lo que nos dicen estos trabajos, de forma clara y convincente, es que los cambios en el gasto gubernamental mueven la producción y el empleo en la misma dirección: si se gasta más, crecerán tanto el PIB real como el empleo; si se gasta menos, el PIB real y el empleo menguarán.

Además, asegura, la confianza podría acrecentarse, ante la perspectiva de un crecimiento más rápido. La confianza tanto empresarial como de los consumidores se reforzaría si las políticas de gestión se centrarán en promover la prosperidad de la economía real.

Conocido por diversos estudiosos, pero ignorado por los ciudadanos en General, Krugman nos recuerda que: si el gasto de gobierno amenazara

con recalentar la economía, estaríamos ante un problema que la Reserva Federal (Fed) puede contener con facilidad: bastaría con que elevará las tasas de interés un poco más rápido de lo que habría hecho en otra circunstancia. Lo que deberíamos haber temido durante todo este tiempo es lo que pasó en realidad: que el gasto del gobierno fuera inadecuado para la tarea de promover la creación de empleos y que la Fed se viera incapacitada para reducir los tipos de cambio porque ya estaban en cero.

En este libro Krugman es un ciudadano y se plantea la prospectiva pragmáticamente: en el caso más probable de que Obama regrese al puesto, pero el Congreso no sea

demócrata, el Presidente con otros demócratas y todo los economistas de mentalidad keynesiana con influencia sobre la opinión pública deben defender la creación de empleo con energía y de forma frecuente, y presionando sin tregua a quienes desde el congreso ponen trabas a los esfuerzos encaminados a crear empleo.

Más allá del economicismo, con propuestas y argumentos que podemos compartir o no, Krugman práctica la economía política en este libro y ese solo elemento vuelve irrenunciable la lectura del mismo.